

En la primera mitad del siglo XI, cuando los cristianos peninsulares pudieron desarrollar sus ambiciones y no meramente sobrevivir a los ataques anuales de los ejércitos califales, proyectaron conscientemente introducir en sus reinos las ideas, instituciones y costumbres que se habían desarrollado ya en otros países de la Europa occidental durante los tres siglos anteriores, en los que la España cristiana, especialmente el «imperio» leonés, estaba prácticamente aislada del resto de la Cristiandad y conservaba en lo posible la cultura y las estructuras de la época visigoda. Esta «europeización» llegó a ser, junto con la Reconquista y con las traducciones del árabe, uno de los procesos históricos que producirían cambios fundamentales durante los dos siglos siguientes en los principados cristianos, sobre todo en el Imperio leonés, es decir, en los dominios de Fernando I (1035-65), desde Portugal y Galicia hasta Asturias, León y Castilla, más el reino de Toledo, añadido a aquéllos por el hijo de Fernando, Alfonso VI (1065-1109).

Aunque los historiadores han estudiado aspectos parciales de esta europeización, nadie ha intentado hacer ningún análisis de conjunto, siendo la aproximación más cercana el trabajo de Defourneaux sobre la influencia francesa en España. Como resultado inmediato de este estudio, los comentarios sobre las actividades de los francos, y especialmente las de los monjes de Cluny, predominan en los escuetos resúmenes que ofrecen algunas historias generales, tanto las escritas por nacionalistas franceses como por nacionalistas castellanos. Compárese la descripción que de esta europeización hace Boissonnade como «uno de los más bellos capítulos de nuestra epopeya histórica, de la magnífica expansión que convirtió Francia en liberadora y educadora de la cristiandad occidental», con la de Castro: «Las consecuencias más importantes de la venida de Cluny fueron tristemente políticas... Los designios franceses... eran en 1100 análogos a los de 1800; el Napoleón de entonces era el abad de abades, Hugo de Cluny.» Y otros eruditos de la misma escuela aportan comentarios muy poco menos paranoicos (1).

(1) M. DEFOURNEAUX, *Les Français en Espagne aux XI^e et XII^e siècles*, París, 1949; P. BOISSONNADE, *Du Nouveau sur la Chanson de Roland*, París, 1923, p. 4; A. CASTRO, *La realidad histórica de España*, México, 1954, p. 173.

Sin embargo, tal coincidencia de pareceres, triunfalistas o resentidos, sobre la importancia arrolladora de los franceses y los cluniacenses quizá tendrá que modificarse cuando se preste una atención seria a otros grupos o personajes, como los papas, los italianos, los ingleses, los cistercienses y los catalanes; y en este artículo me propongo examinar con brevedad algunas de las contribuciones del último de estos grupos.

Aunque geográficamente Cataluña era tan sólo una región de España, culturalmente estaba bastante diferenciada en el año mil del Imperio leonés, muy rezagado por entonces de la Cristiandad latina. Tenía vínculos matrimoniales y económicos con sus vecinos del Languedoc; sus iglesias dependían del arzobispo de Narbona y mantenían buenas relaciones con el Papado; y aceptaba como normas la regla de San Benito, las costumbres de Cluny, la liturgia romana y un derecho canónico muy moderno. No es sorprendente, por lo tanto, que fuera desde Cataluña que soplaran los primeros vientos de cambio hacia León, y sería razonable hablar de la influencia catalana más bien que de la francesa en este Imperio, durante los dos primeros tercios del siglo xi.

Es tradicional suponer que la europeización comenzó alrededor del año 1025, cuando el rey Sancho el Mayor de Navarra convenció al abad de Cluny, San Odilo, para que enviase monjes que reformaran el monasterio de San Juan de la Peña, de donde resultó que estos enviados introdujeran en este monasterio la forma de vida cluniacense. La reforma se habría extendido entonces, gradualmente, hacia el Oeste, a través de Aragón, Navarra, Castilla, León, Galicia y Portugal, europeizando primero los monasterios, luego la Iglesia secular y finalmente toda la sociedad. Como resultados secundarios de ello se dice que los cluniacenses introdujeron la regla de San Benito, desarrollaron las peregrinaciones a Santiago, alentaron a caballeros franceses para participar en las cruzadas en España y a los reyes hispánicos para casarse con princesas francesas, abolieron la vieja liturgia mozárabe e importaron la escritura carolingia e incluso métodos franceses de silvicultura.

La realidad es bastante diferente. Parece que el primer impulso procedió de San Oliva, abad de Cuixá y Ripoll y obispo de Vic, quien estableció un primer contacto con Sancho poco antes de 1023; y la correspondencia entre ellos conservada sugiere que muy bien pudieron haber sido sus recomendaciones las que persuadieron al rey de Navarra de que escribiera a Cluny. Tras hacerlo, los monjes enviados por San Odilo fueron titulados *hispani* y vinieron proba-

blemente de la única región española en la que los monasterios habían adoptado ya las costumbres cluniacenses, es decir, de Cataluña. Reformaron, efectivamente, San Juan de la Peña, pero no parece que reformasen ninguna otra casa, y no hay señales de que su influencia se fuera extendiendo gradualmente hacia el Oeste. Por el contrario, la influencia catalana parece haber saltado por encima de Castilla hasta el corazón del Imperio leonés.

Un monasterio catalán que había aceptado las costumbres cluniacenses fue San Sadurní de Tavèrnoles, en la diócesis de Urgel, donde entre los años 1000 y 1022 el abad fue un antiguo monje de Ripoll, y alumno de San Oliva, llamado Ponce. Este actuó como mensajero de San Oliva ante Sancho; pero hacia 1028 lo encontramos más allá de Pamplona, ya que Alfonso V de León le había hecho obispo de Oviedo. Es extraordinario que en tan temprana época el núcleo original del Imperio leonés, Asturias, tuviera ya un obispo catalán, que era además cluniacense y «romano more degens», frase que, presumiblemente, significa que usaba la liturgia romana y no la mozárabe. Fue en esta época, y probablemente bajo su inspiración, cuando la gran colección de reliquias conservada en la catedral de Oviedo comenzó a atraer una devoción muy difundida. Hacia el Sur, Ponce fue el primer promotor de la restauración del obispado de Palencia, que iba a ser el foco principal de la actividad catalana en la España central y occidental.

Palencia había sido la capital religiosa de la Tierra de Campos hasta la conquista musulmana, pero a partir de ésta quedó abandonada. Hacia 1035, sin embargo, la repoblación masiva de las llanuras del Duero parecía necesitar una diócesis nueva para ministrar la extensa área fronteriza entre las de León y Oca. Ponce persuadió a Sancho el Mayor para que restableciera y dotara generosamente la sede de Palencia, comenzó a construir una nueva catedral de piedra sobre la cripta visigoda redescubierta, la consagró de nuevo, y sugirió que se nombrara el correspondiente obispo. Sin duda tuvo Ponce mucho que ver con este nombramiento, el de Bernardo I (*h.* 1035-*h.* 1042); y como Fernando I describió a éste, igual que a Ponce, como «ab eis partibus», parece muy probable que también fuera catalán (2).

(2) J. PÉREZ DE URBEL, *Sancho el Mayor de Navarra*, Madrid, 1950, esp. pp. 81, 85, 173-74, 215-21; C. J. BISHKO, «Fernando I y los orígenes de la alianza castellano-leonesa con Cluny», *Cuadernos de Historia de España*, XLVII-

Nada dicen las fuentes sobre la procedencia de los otros obispos palentinos en el siglo XI: Mirón (*h.* 1042-*h.* 1062), Bernardo II (*h.* 1062-*h.* 1085) (que adoptó este nombre en lugar del suyo de Raimundo, posiblemente por reverencia hacia Bernardo I), y Raimundo I (*h.* 1086-*h.* 1106). Las formas latinas de sus nombres, únicas que aparecen en los documentos de la época, no indican, naturalmente, su origen; pero tales nombres son extraordinariamente raros en la Tierra de Campos en esa época y, en cambio, muy comunes en Cataluña, como puede verse comparando las 360 escrituras del monasterio de Sahagún conservadas de los siglos IX y X, con las 907 del *Liber feudorum maior* catalán. Sólo tres hombres llamados *Miro* aparecen entre los documentos de Sahagún y ningún *Pontius*, *Bernardus* o *Raimundus*, mientras que el *Liber feudorum maior* menciona a 51 hombres llamados *Miro* y centenares con los otros nombres. Parece claro, pues, que estos obispos no eran nativos de la Tierra de Campos ni del Imperio leonés; y dado el papel desempeñado por el primer Ponce en la restauración del obispado es probable que algunos, al menos, fueran catalanes como él (3).

En términos generales, se puede decir lo mismo de otros hombres con nombres «extranjeros» que aparecen en las escrituras del siglo XI vinculados de alguna forma a la sede palentina. En 1047 el prepósito era Alnardus (¿es decir, Arnau?); en 1052 aparecen Guitardus, Miro y Raimundus (¿posiblemente el futuro Bernardo II?), y, en 1059, Uilielmus (¿Guillén?), Pontius y Ricardus. En la última década del siglo, títulos y oficios específicos se relacionan frecuentemente con los nombres: los arcedianos Ponz Guitardo y Petrus Bernardus; el abad Arnal Seguinus; el sacristán Petrus Ricolfus; los sacerdotes Willelmus, Guarinus y Guidus, y el diácono Guarne-

MLVIII (1968), 31-135, IL-L (1969), 50-116; F. J. FERNÁNDEZ CONDE, *La Iglesia de Asturias en la Alta Edad Media*, Oviedo, 1972, 48-51; J. SOLER GARCÍA, *El cartulario de Tavérnoles*, Castellón de la Plana, 1961, 51-59; P. FERNÁNDEZ DE PULGAR, *Teatro clerical ... Parte primera contiene la historia secular y eclesiástica de la ciudad de Palencia...*, tomo II, Madrid, 1680, pp. 2-74, y, para la descripción de Bernardo hecha por Fernando I, p. 67. El importante artículo de H. GRASBETH, «La Iglesia y el Estado en León y Castilla de Tamarón a Zamora, 1037-1072», *Cuadernos de Historia de España*, LXI-LXII (1977), 96-144, se refiere poco a la presencia catalana.

(3) J. M. MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (siglos IX y X)*, León, 1976; F. MIQUEL ROSELL, *Liber feudorum maior*, Etonos, Barcelona, 1945-47. Para el cambio de nombre de Bernardo, ver BISHOP, *o. c.*, nota 107.

rius. Y entre los muchos de condición no identificada hallamos a Petrus Poncius, Raimundus Bermon, Berengarius Bermon, Raimundus Guitardi, Bernardus Ricuf y Raimundus Petri. Esto era de esperar, dado que sería lógico por parte de los primeros obispos catalanes que introdujeran clérigos de su propia región y quizá de sus propias familias; y puede incluso que una *mafia* catalana en el claustro arreglara las elecciones episcopales, igual que haría una *mafia* soriana en Jaén a fines del siglo XIII (4).

La inmigración catalana parece también que existió en los monasterios de la Tierra de Campos, como el profesor Bishko ha indicado para el de San Isidoro, de Dueñas; y aunque un estudio total habrá de aguardar la publicación de sus escrituras, parece claro que hacia 1100 la región palentina estaba atrayendo a una porción muy excepcional de clérigos catalanes.

Los efectos de tal inmigración son, naturalmente, menos claros. Uno de ellos era, probablemente, impulsar la benedictinización de los monasterios leoneses. Estos ya habían empezado a abandonar las reglas eclécticas compiladas a partir de los escritos de distintos santos visigodos, las tradiciones de pactos entre monjes y abades, y la práctica de monasterios dúplices. Pero la llegada de monjes catalanes, empapados en la tradición benedictina de Ripoll o de Cuixá, debió acelerar este proceso, mucho antes de que el primer contacto directo con Cluny fuera establecido por Fernando I.

De forma parecida, los monjes y otros clérigos catalanes probablemente fomentaron la devoción a ciertos santos desconocidos por la liturgia mozárabe, como San Antolín de Pamiers (al que se dedicó la catedral de Palencia) y San Isidoro de Quíos, y dieron al cabildo catedralicio de Palencia, a cuyos miembros Fernando I se refiere como canónigos o como monjes, indiscriminadamente, una estructura que probablemente imitaba el modelo ya establecido en las catedrales catalanas (5).

(4) Archivo Histórico Nacional, Clero, carp. 1700, doc. 6, del 15 de marzo de 1047, pub. por A. YEPES, *Crónica general de la Orden de San Benito*, Madrid, 1607-16, tomo VI, p. 459. Archivo de la Catedral de Palencia, armario 2, legajo 1, documento 1, del año 1052; *ibid.*, arm. 3, leg. 1, docs. 5, 10, 11, de los años 1059, 1095 y 1100, pub. PULGAR, *o. c.*, pp. 66-70, 138-40, 130-32; M. MAÑUECO VILLALOBOS y J. ZURITA NIETO, *Documentos de la iglesia colegial de Santa María la Mayor (hoy metropolitana) de Valladolid, siglos XI y XII*, Valladolid, 1917, documentos VI, VII y VIII, de 1095.

(5) A. LINAJE CONDE, *Los orígenes del monacato benedictino en la Penín-*

Este es el comienzo efectivo de la europeización del Imperio leonés. Y es significativo, no sólo porque muestra cuán influyentes eran los catalanes mucho antes de la llegada del primer cluniacense francés conocido, en 1053, sino también porque todo este proceso era bien acogido por los soberanos y nobles de León, mientras que nada similar parece que ocurría en Castilla. De hecho, arroja una duda considerable sobre la teoría tradicional de que León era más introvertido, encerrado en sí mismo y resistente a ideas nuevas que la «progresista» Castilla; y sugiere que tal teoría podría merecer una revisión.

En la segunda mitad del siglo XI, como en la primera, los catalanes seguían ayudando a europeizar la iglesia leonesa, introduciendo los cambios que ya eran normales en Cataluña antes del año mil. Junto con el nuevo monasticismo benedictino, crecía el poder de la Santa Sede, ya que las relaciones con Roma fueron reanudadas bajo los papas Alejandro II y Gregorio VII, y las bulas, legados, concilios y tribunales pontificios comenzaron a ejercer su influencia en la España no-catalana. Ningún concilio eclesiástico parece haberse reunido en el territorio leonés después de la conquista musulmana; pero en 1055 Fernando I convocó un gran concilio reformador, precisamente en Coyanza, en el margen de la Tierra de Campos; asistió el obispo de Palencia, Miro, y muchos otros obispos, y desde entonces se solían reunir concilios en el Imperio leonés casi tan frecuentemente como en cualquier otra región. El derecho canónico se había fosilizado en la España no-catalana después de 711, pero seguía desarrollándose en los demás países de la Cristiandad latina; en el siglo XI se extendía el nuevo derecho también por la Península Ibérica, pero mientras que esto significó en Cataluña tan sólo el reforzamiento de una tendencia ya existente, en el Imperio leonés fue «un salto de cuatro siglos, pasando directamente de la colección visigoda al centralismo gregoriano». Es quizá significativo que el único intento de reconciliar lo viejo y lo nuevo se conserve, anónimo, en un manuscrito de Poblet. Y, en la misma línea reformadora, la liturgia visigoda fue condenada por los papas y sustituida, casi de la noche a la mañana, por la liturgia romana, común a la mayor parte de la Cristiandad latina, incluida Cataluña. Sin duda los obis-

stia Ibérica, 3 tomos, León, 1973, *passim*, esp. el capítulo 7; C. J. BISHKO, «The Abbey of Dueñas and the Cult of St. Isidore of Chios in the County of Castile (10th-11th Centuries)», en *Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel*, Silos, 1977, tomo II, 345-64.

pos, monjes y otros clérigos catalanes de la Tierra de Campos participaron en estos cambios; pero se necesita mucha más investigación en, por ejemplo, el estudio comparativo de los manuscritos litúrgicos catalanes y leoneses, antes de que se pueda documentar los detalles de su participación (6).

Por otra parte, ¿qué hay de los laicos? En los siglos x y xi, la familia Banu Gómez dominó la Tierra de Campos como sus terratenientes más importantes y como gobernadores reales, aunque nunca intentaron independizarse como la parecida familia condal de Burgos. Hacia finales del siglo xi, su cabeza era el conde Pedro Ansúrez, fundador de Valladolid. Su hija y heredera, María, se casó con el conde Ermengol V de Urgel (1092-1102), y, al morir su padre en 1117, heredó sus dominios conjuntamente con su propio hijo, Ermengol VI (1102-54). Desde entonces, una dinastía catalana dominó la Tierra de Campos en asuntos seculares, igual que las dinastías borgoñonas dominaron el Imperio leonés y Portugal. No está muy claro por qué Pedro Ansúrez casó a su hija con un conde catalán, pero lo mismo que los repetidos matrimonios de Alfonso VI con francesas se atribuyen a menudo al consejo de los obispos franceses de su corte, posiblemente el matrimonio de María fuera realizado por el consejo de los clérigos catalanes de la diócesis palentina. Es quizá significativo que cuando el obispo Raimundo I murió, fue sustituido, no por un catalán, sino por un francés, Pierre d'Agen, de modo que la Tierra de Campos no tuvo catalanes a la cabeza tanto de su jerarquía eclesiástica, como de su jerarquía secular —¡y quizá precisamente para que así no los tuviese!

El matrimonio citado abrió un período en el cual los condes de Urgel eran grandes terratenientes en la Tierra de Campos, usualmente gobernadores de Valladolid y siempre figuras importantes en la estructura de poder leonesa. Sobrequés ha sugerido que esto implicaba un debilitamiento paralelo de su posición en Cataluña. Sin embargo, tenía ventajas compensadoras: en 1106, por ejemplo, Pedro Ansúrez llevó un ejército, presumiblemente leonés, para defender la herencia de su nieto, reconquistando Balaguer de manos de los moros y convirtiéndola en capital del condado de Urgel. Ermengol VI heredó el condado de Urgel de su padre y, más tarde,

(6) BISHKO, «Fernando I...», *passim*; A. GARCÍA GALLO, «El Concilio de Goyanza», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XX (1950), 275-633; G. MARTÍNEZ, «Canonística española pregraciana», en *Repertorio de historia de las ciencias eclesiásticas en España*, I, Salamanca, 1967, 377-95.

los vastos dominios leoneses de su abuelo; y dividió sus actividades, aun insuficientemente estudiada entre ambos territorios. En el Este, luchó en la guerra provenzal (1144) y en el intento de reconquistar las Baleares (1114), Zaragoza (1118) y Lérida (1149). En el imperio de Alfonso VII confirmó la mayoría de los documentos imperiales entre 1134 y su muerte, acompañó al emperador en el sitio de Andújar y en la conquista de Córdoba (1146) y de Almería (1147), y mereció seis versos de elogio en el *Poema de Almería*, obra posiblemente de un catalán. Como guerrero y como señor de Urgel, Valladolid y Calatrava, jugó un papel importante en estos años de brillantes, aunque percederas, victorias cristianas; y en la Tierra de Campos fue un fundador y protector generoso de monasterios, especialmente aquellos, como Retuerta, de la nueva orden premonstratense, a la que favoreció más bien que a la cisterciense que entonces estaba de moda.

En 1154 su hijo, Ermengol VII, heredó todas sus propiedades, y pronto fortaleció su posición casándose con Dulce, hermana de Alfonso II de Aragón, al que ayudó contra Toulouse y Valencia. Sin embargo, le atraía más León y pasó allí la mayor parte de su tiempo. Aunque la división del Imperio en 1157 había dado la Tierra de Campos a Castilla, Ermengol se unió firmemente al rey leonés, Fernando II, sirviéndole como mayordomo (1167-75, 1179-84) y como tutor de su heredero, el futuro Alfonso IX. Con sus vasallos catalanes ayudó a Fernando a atacar a los almohades y a conquistar Alcántara (1166), llegando a ser gobernador de esta fortaleza estratégica y del territorio, recién conquistado, al sur de Salamanca. En 1181 era gobernador de esta ciudad, y construyó allí su propio señorío, adquiriendo Almenarilla y Santa Cruz y concediendo a su vasallo Pedro Fernández la villa de Berruecopardo, «como feudo según la costumbre de mi tierra de Urgel». Este es uno de los casos, frecuentemente mencionados pero raramente documentados, en que se introdujeron en la España occidental las costumbres del feudalismo francés; se desconoce por cuánto tiempo sobrevivieron en Berruecopardo. Finalmente, Ermengol VII era también un protector generoso de La Vid y otros conventos premonstratenses, en uno de los cuales, Santa María de Bellpuig de les Avellanes, fue enterrado en 1184 (7).

(7) S. SOBREQUÉS, *Els barons de Catalunya*, Barcelona, 1957, 26-29; L. SÁNCHEZ BELDA, *Chronica Adefonsi Imperatoris*, Madrid, 1950, esp. pp. 180, 238-39;

La de los condes de Urgel fue la más distinguida de las dinastías catalanas que se asentaron en el imperio de Alfonso VII, pero otros linajes menores hicieron lo mismo, como los de Cabrera, vizcondes de Ager. Guerau Ponç II tomó parte en el sitio de Balaguer en 1106, y su sobrino Ponç parece haber seguido a los Ermengol al Oeste. Fue mayordomo de Alfonso VII desde 1145 hasta 1157, y entonces, igual que Ermengol VII, se vinculó a Fernando II, sirviéndole en distintas épocas como gobernador de Salamanca y Zamora y como mayordomo. Su hijo fue, al parecer, durante algunos años alférez de Alfonso VII, y otros miembros de la familia desempeñaron otros cargos. Las personalidades, relaciones y actividades de estos nobles catalanes son difíciles de desentrañar, pero está claro que fueron extremadamente activos en la política de la España central durante todo el siglo XII y que construyeron sus señoríos especialmente en las regiones de Valladolid y Salamanca, cerca del enclave clerical catalán en la Tierra de Campos, y en buenas relaciones con otro grupo de catalanes que se situaron en el verdadero centro del poder, la corte imperial (8).

Esta corte forjó lazos de unión con Cataluña en los primeros decenios del siglo XII, de cara al desafío de una agresiva monarquía aragonesa, y sobre todo en 1128 cuando Alfonso VII se casó con Berenguela, hermana del futuro conde Ramón Berenguer IV de Barcelona (1131-62). Con la coronación imperial de 1135, Berenguela llegó a ser la primera (y única) emperatriz catalana; y en 1139 mostró su valentía defendiendo Toledo contra el último gran ataque de los almorávides. Es de suponer que su influencia intervino en el acuerdo de 1137 por el que su marido y su hermano dividieron los dominios de Alfonso I el Batallador, acuerdo que se concluyó precisamente en el pueblo palentino de Carrión de los Condes. Un posible choque entre Alfonso VII y Ramón Berenguer IV se evitó, en parte porque ambos tenían los almorávides y los navarros como

P. RASSOW, «Die Urkunden Kaiser Alfons' VII von Spanien», *Archiv für Urkundenforschung*, X (1928), 327-468, XI (1930), 66-137; J. GONZÁLEZ, *Regesta de Fernando II*, Madrid, 1943, esp. pp. 74, 184; J. L. MARTÍN, «Un vasallo de Alfonso el Casto en el reino de León: Ermengol VII, conde de Urgel», en *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Barcelona, 1962, vol. II, 223-33; F. ANTÓN, *Monasterios medievales de la provincia de Valladolid*, Valladolid, 1942, esp. pp. 251-55.

(8) SOBREQÜÉS, *o. c.*, pp. 44-47; RASSOW, *o. c.*, esp. pp. 441-67; GONZÁLEZ, *o. c.*, esp. pp. 183, 189-90.

enemigos comunes, pero también quizá por causa de los catalanes influyentes en la corte imperial, como Berenguela, Ermengol VI, Ponç de Cabrera y algunos obispos y funcionarios. Entre estos últimos, sin embargo, es más difícil identificar a los catalanes. Quizá lo era el obispo Arnaldo de Astorga (1144-52), que fue enviado como embajador a Barcelona en 1146-47, y que fue posiblemente el autor de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* y el *Poema de Almería*; y quizá también Berenguer, que era canciller imperial (1134-36), obispo de Salamanca (1135-50) y arzobispo de Santiago (1150). Es posible además que otros funcionarios de la cancillería con nombres no-leoneses hubieran venido de Cataluña, como Ponz Guitardus, escribano de la reina doña Urraca y abad de Santa María de Husillos en la diócesis de Palencia, los cancilleres de Alfonso VII, Hugo y Gerardo, y los de Sancho III, Bernardo Simón y Nicolás, ambos arcedianos de Palencia. No está claro si los funcionarios de la cancillería fueron reclutados entre los arcedianos de Palencia o simplemente recompensados con prebendas allí; pero las relaciones tripartitas entre la cancillería imperial, Palencia y Cataluña ciertamente existieron, y alcanzaron su apogeo con el burócrata catalán más afortunado de todos, Pere de Cardona.

Pere era hijo de Ramón Folc y nieto del vizconde Bernat Amat de Cardona. Recibió una canonjía en Vich, estudió y enseñó Derecho y publicó traducciones de ciertas constituciones de Justiniano; luego emigró a Castilla y comenzó a trabajar en la cancillería de Alfonso VIII. Fue recompensado con la abadía de Husillos (*h.* 1175), y en 1178 llegó a ser canciller de Castilla, puesto que ocupó durante cuatro años. En 1180 fue elegido arzobispo de Toledo, el primero de muchos catalanes que recibirían este honor; pero al dirigirse a la curia papal para la consagración, le persuadió Lucio III para que renunciara al arzobispado y fuera cardenal de San Lorenzo in Damaso. Murió poco tiempo después, habiendo demostrado lo que un catalán podía hacer en el Imperio leonés, con tal de tener tanto talento como las necesarias conexiones familiares (9).

(9) A. QUINTANA PRIETO, «Sampiro, Alón y Arnaldo. Tres obispos de Astorga, cronistas del reino de León», en *León medieval, doce estudios*, León, 1978, 57-63; SÁNCHEZ BELDA, o. c., 116-17; L. SÁNCHEZ BELDA, «La cancillería castellana durante el reinado de Doña Urraca», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, IV, Madrid, 1953, 587-99; J. GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, II, docs. 12-50, 303-91; B. ALONSO, «Cardona, Pedro de», en *Diccionario de historia eclesiástica de España*, I, Madrid, 1972, 352.

Alfonso VIII se refiere a Pere de Cardona como «consanguineo meo», pero sus relaciones familiares no están claras. Por contraste, el término *avunculus* aplicado por Sancho III al obispo Raimundo II de Palencia (1148-83) debería implicar que era hermano de la emperatriz Berenguela, aunque su apellido, «de Minerva», suscita otras posibilidades todavía sin resolver. En todo caso, fue el último de la gran serie de obispos catalanes en Palencia. Después de haber sido monje en Cluny bajo el abad Pedro el Venerable, fue nombrado obispo de Palencia, presumiblemente por influencia de la emperatriz, y es quizá significativo que fuera en aquella ciudad donde ella murió, un año después. La división del Imperio tras de la muerte de Alfonso VII (1157) convirtió la Tierra de Campos en un campo de batalla entre León y Castilla, y a Raimundo, con razón o no, le reprochó el papa Alejandro III de que «buscaba la compañía de militares más de lo que era apropiado a un hombre que ocupaba tan alto puesto». Raimundo sirvió siempre a Alfonso VIII en el terreno político y financiero, y, en 1177, como embajador suyo en Inglaterra. Dentro de su diócesis continuó acogiendo y promoviendo a clérigos con nombres catalanes, de manera que una escritura de 1162 menciona al deán Bernardo Simón, los arcedianos Raimundo Arnaldi y Bernardo Pessun, el abad de Hermidas, Berenguer, el capellán del obispo, Garnerius, y el canciller Martín Ermengaudi. Ha dejado pocos indicios de que intentara reunir sínodos, visitar monasterios y parroquias o recobrar iglesias propias; pero desarrolló el sistema administrativo del cabildo y de los arcedianatos, continuó las relaciones amistosas con los monasterios locales, favoreció la repoblación y el desarrollo económico, y acogió favorablemente a la nueva clase de *magistri*, es decir, clérigos con calificaciones de nivel universitario (10).

En la época de su muerte, la influencia catalana estaba disminuyendo en lo que antes había sido el Imperio leonés; pero durante siglo y medio fue un fenómeno notable. Además de los aspectos clericales, nobles y burocráticos que ya hemos considerado, había también peregrinos catalanes a Santiago, de los cuales al menos una

(10) D. W. LOMAX, «Don Ramón, Bishop of Palencia, 1148-1184», en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, I, Barcelona, 1965, 275-91; J. GONZÁLEZ, *El reino...*, I, p. 419; A. C. Palencia, arm. 2, leg. 1, doc. 9, fechado el 19 de febrero de 1162; Biblioteca Nacional, Madrid, Ms. 13.035, fol. 76, bula de Alejandro III; J. L. MARTÍN y otros, *Documentos de los archivos catedralicio y diocesano de Salamanca (siglos XII-XIII)*, Salamanca, 1977, doc. 14.

doceña son conocidos por su nombre en este período; trovadores y juglares actuaron en las cortes imperial y de los reyes, como Ramón Vidal de Besalú; parece que algunos campesinos huyeron del feudalismo catalán para asentarse en la atmósfera más libre del valle del Duero; y artistas, mercaderes, judíos y herejes catalanes sin duda habrán dejado huellas en los archivos de las cuencas del Duero y del Tago, huellas que todavía quedan por descubrir.

Aun sin contar con ellas, sin embargo, los pocos ejemplos citados en este artículo demuestran que la influencia catalana fue auténtica, importante y bastante delimitable. Fue especialmente fuerte entre 1030 y 1180, en la Tierra de Campos y la región de Salamanca, y en ciertas actividades: reforma eclesiástica, política nobiliaria y cancillería imperial.

Quizá también tuvo una significación cultural. Bajo el obispado de Raimundo II, Palencia desarrolló una excelente escuela catedralicia, cuyos antiguos alumnos incluían a Santo Domingo de Guzmán y San Pedro González, y quizá a Gonzalo de Berceo. Treinta años después de la muerte de Raimundo, llegó a ser la primera universidad peninsular, y la primera universidad del mundo con cátedras dotadas; posiblemente fue allí que los nuevos estudios gramaticales llevaran, como el profesor Dutton ha sugerido, a la invención del mester de clerecía y a la composición de los principales poemas del siglo XIII español. Ciertamente, algunos habuantes de la Tierra de Campos se encuentran entre los autores de interesantes obras latinas de los siglos XII y XIII, desde los *Miracula Sancti Zoili* y la biografía versificada de Diego Martínez, al *Planeta* de Diego García y las *Vitae Sanctorum* de Rodrigo de Cerrato. El profesor Deyermond ha demostrado la deuda de *Las Mocedades de Rodrigo* a los documentos primitivos de la catedral palentina; es quizá significativo que las primeras obras gramaticales producidas en la España central procediesen de Palencia y se conservasen en archivos catalanes; y no debe de ser enteramente casual que el autor del *Poema de Mio Cid*, obra típica de Castilla la Vieja, haya asignado el papel del «malo» a habitantes precisamente de la Tierra de Campos y de Cataluña (11).

(11) J. SAN MARTÍN PAYO, *La antigua universidad de Palencia*, Madrid, 1942; F. RICO, «Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla», en *Abaco*, II (1969), 11-91; *id.*, «La clerecía del mester», en *Hispanic Review*, LIII (1985), 123, 127-50, etc.; B. DUTTON, «French Influences in the Spanish 'mester de clerecía'», en *Medieval Studies in honor of R. White Linker*, Madrid, 1973, 73-93; A. M. BARRERO GARCÍA, «Un formulario de cancillería episcopal castellano-léo-

En conjunto, la importancia cultural de la diócesis de Palencia parece haber sido bastante subestimada. ¿Sería demasiado temerario sugerir que la erudición y la literatura, así como las nuevas ideas de todo tipo, hayan podido florecer en la rica zona de la Tierra de Campos en parte porque los catalanes ya habían abonado el terreno? No puedo menos que pensar que esta hipótesis habría agradado a Harold Hall, quien saboreó las cualidades de la vida hispánica, tanto en el reino de León como en Barcelona, y cuyas generosas simpatías no estaban limitadas por el Llobregat, el Miño o el Atlántico (12).

DEREK W. LOMAX

Correspondiente en Birmingham

nesa del siglo XIII», en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLVI (1976), 671-711; R. BEER, *Handschriften des Klosters Santa Maria de Ripoll*, Viena, 1908, II, pp. 92-93; A. D. DEYERMOND, *Epic Poetry and the Clergy: Studies on the «Mocedades de Rodrigo»*, Londres, 1969.

(12) Este artículo es una versión revisada de otro que se publicó con el título «Catalans in the Leonese Empire», en *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), LXIX (1982), 191-97; dicho número era un volumen en memoria del gran hispanista inglés, Harold Hall. Es un grato deber agradecer aquí a la señorita Beatriz Porres, por su gran amabilidad en haber traducido el artículo al español, y también a la profesora Severin, directora del *Bulletin*, por permitir que se vuelva a publicar.